

ESPERANDO

(Sobre una teoría de la imagen fotográfica en la obra de Miquel Salom)

Arnau Puig

¿Por qué no entendemos la fotografía como un viaje, en lugar de entenderla, como habitualmente hacemos, como el testimonio fehaciente del viaje, el resultado documental de un viajar efectivo? Quizá porque no sabemos deshacernos de la relación causa efecto y creemos que, primero, es la causa y, luego, el efecto. ¿No puede haber efectos que son ya ellos mismos causa? Porque esto es lo que creo que, efectivamente, son las fotografías: efectos que están ahí y que solo existen si hay una fotografía que da testimonio de ello. De esta sutilidad se dio cuenta Man Ray no al hacer sus solarizaciones sino al observar qué es lo que había surgido en la extraña relación entre un cuerpo o un objeto y una luz.

Esa es la objetividad de la fotografía: lo que en ella hay, no su referente. Aunque el referente vaya a ser lo que no se ha visto hasta que no se ha realizado la fotografía, Aportemos las evidencias constitutivas de la fotografía: [que, cosa curiosa, no la constituye ineludiblemente ...] a) la cámara, [ni ...] b) la lente [no exigible en un gran número de ocasiones ...], c) la luz, una iluminación que afecta, circunscribe unos objetos; d) un encuadre, un ámbito en el cual la luz trabaja y fuera del cual puede existir la realidad, pero no la fotografía; e) el revelado de la placa o la impregnación en un soporte. Esos cinco elementos forman parte del proceso creativo que convierten la fotografía resultante de todo el proceso en un objeto. Aquello a lo que al principio aludíamos y designábamos como el efecto, algo que existe porque la fotografía lo hace existir, no porque tenga una causa determinante. Todo ello algo similar a lo que le ha ocurrido a una cierta pintura, a la que solo le interesa el pigmento, y de ninguna manera ni el objeto ni el mensaje; y, para la fotografía, la luz, que elabora directamente la imagen, que acostumbramos, en este caso, a designar fotografía.

Pero en el ansia de los fotógrafos, aquellos que creen recoger la perennidad de lo objetivo cuando el presente ya no existe, el afán parece que consiste en atrapar

una realidad que, para que sea artística, única subjetividad que atrae sin condiciones, ha de asemejarse a la pintura; picturalismo se denominó, calotipia también había sido designado por la homogeneidad interna creada, la belleza convertida i ofrecida bajo forma concreta. En este caso, empero, lo que predomina en la foto continua siendo el mundo exterior, algo muy parecido a lo del instante único, que presupone presencia, expresión y sentido simultáneos.

Pero no es por ahí a donde parece que quieran ir las fotografías de Miquel Salom, con unas imágenes obtenidas y alcanzadas mediante la luz, no que exista un objeto que vaya a ser reducido a imagen fotográfica. Sin duda que los objetos existen y puedan ser interesantes; pero más interesante ha de resultar la fotografía, que ha de mostrar solo lo que la luz haya dejado subsistir, lo que es propio de la fotografía. Ahí empieza la visión y el entendimiento fotográfico de Miquel Salom.

La sensibilidad, siguiendo criterios analógicos, podría acercar sus fotos a las imágenes estelares de las cartografías y de las imaginaciones populares por ellas inducidas. Pero las imágenes de estas fotografías no nacen en el observador sino que se han generado desde la captura digital directa (sin retoques ni alteraciones posteriores) y se ha retenido su realidad presencial en el momento en el que, entonces sí, la creatividad de Miquel Salom encontraba en la foto la autonomía referencial que su sensibilidad perseguía. Esas imágenes solo existen en la fotografía misma. Ahí no se da el encuentro de las franjas de color del disco de Newton generadoras del blanco gracias al movimiento concéntrico. Ni tampoco están las combinaciones acromáticas. En estas fotos solo hay lo que ha decidido la sensibilidad del fotógrafo tras el seguimiento apasionado de las sutilezas tecnológicas de la espectrografía, cromática o no, de la luz. ¿Son fotos sin referente y sin enunciado? No lo son, puesto que han nacido de la capacidad misma de la luz por generar sus propias luces coloreadas, que es a lo que es sensible la fotografía. Cada una de ellas ha surgido de una constelación gravitatoria cuya presencia misma se ha convertido en su existencia, su realidad fotográfica, que es una polarización segregada del flujo de luz y que, en una fase referencial previa, podría haber correspondido a un cuerpo inorgánico, o podía ser el componente de otro orgánico.